

Asteriscos

"La Prensa", en una editorial que versó sobre "La historia, veraz y las leyendas", calificó de historia aun las leyendas más fantasmagóricas de Bartolomé Mitre, que fué un improvisado en filosofía como en política, y estuvo tan en ayunas de la una como la otra, y así se explica que propinara, de vez en cuando, a sus lectores asertos tan falsos como hilarantes: "El período que antecedió a 1810 fué "colonial" y, según Mitre, "la constitución colonial calculada para el despotismo personal, que excluía la idea de una patria común, y que por lo mismo de ser absoluto en teoría era orgánicamente débil". Es valioso este juicio porque muy pocos escritores se han expresado con mayor claridad y exactitud (?) sobre la acción de América en Europa, en lo que se refiere a libertad política y derechos individuales. "La colonia y la metrópoli no constituían una sustancia orgánica —agrega Mitre—. La América española, en que algunos han creído ver una especie de imperio independiente, era considerada como un feudo personal del monarca español, más que por razón del descubrimiento, por la población y la posesión, por razón de la bula de Alejandro VI que la constituyó en tal "en virtud de la jurisdicción que como cabeza del linaje humano tenía el Papa sobre el mundo", según la doctrina del más profundo comentador de la constitución colonial". Nuestro historiador patricio se apoya en Solórzano para deducir que la América española, "no formaba cuerpo de nación con la Península, ni estaba ligada a ella sino por el vínculo de la corona, y así el juramento de fidelidad que le prestaban sus vasallos de ultramar era el juramento feudal que ata un hombre a otro hombre, más que por razón de la tierra, por razón de la persona". A lo menos en historia "La Prensa" lleva un retraso de casi un siglo. Vive en 1850.

* * *

Al iniciarse, este año, los Cursos de Cultura Católica, habló el canónigo Luis M. Etcheverry Boneo sobre la "Misión de la inteligencia católica contemporánea", y son suyos estos párrafos:

"La psicología moderna nos tiene habituados a los complejos. Y yo diría que muchas veces el catolicismo contemporáneo, o los católicos, si queréis, han caído también ellos en uno, y grave.

A fuerza de pensar, con toda justicia, en la necesidad de ser modernos, de ser actuales, de adaptarnos a las necesidades del mundo de hoy, hemos caído en un cierto complejo de inferioridad frente a las fuerzas laicas que dominan el mundo moderno. Por vivir pendientes de los errores que hay que combatir, hemos llegado a padecer demasiado del planteo falso de los problemas que nos hace el mundo laico. En Filosofía nos señala el terreno Kant o Heidegger. Nos vamos en lo político al campo que nos indica Rousseau o Hitler; corremos en Pedagogía a donde quiere irse Dewey; nos instalamos, sobre todo, en lo social, a donde ha querido llevarnos Marx: a lo puramente económico... y hemos llegado a creer, muchas veces al menos, que el mal grande del mundo está en la desigualdad material y en la indigencia, también material, de las clases proletarias.

Y este complejo de cuidado se ve agravado todavía por la desviación, de nuevo, de otro principio justo también en sí: el de tomar de los enemigos el consejo y adoptar los métodos prácticos del adversario. Y así decimos con frecuencia que, puesto que el comunismo triunfa al preocuparse de las necesidades urgentes materiales de la clase proletaria, el catolicismo debe también poner el acento en ese aspecto. Y se nos recuerda hasta el casancio, el ejemplo del Señor, milagroso multiplicador de panes.

Y nos preocupamos así mucho de la crítica filosófica, de la apologética, de ofrecer una base ética a nuestra acción.

...Y hemos olvidado también mucho la Teología y nos hemos ocupado poco de elaborar una visión sapiencial católica, una "Weltanschauung", que llegara hasta los más pequeños problemas humanos —todos grandes por ser tales, humanos.

Es necesario que dejemos de pensar al mundo con la Ilustración, como una alcoba cerrada, inmanente, a quien el materialismo moderno hace hermética y le pone aire acondicionado, para comenzar de nuevo a concebirlo como una catedral, hecha ante todo para residencia de J. C. Sacramento y provista de grandes ventanales abiertos al espacio, a la trascendencia, y oxigenada por el aire que viene de lo alto.

Sólo si hacemos del mundo una Iglesia en sentido latino, podremos tener paz en la iglesia en sentido griego, en la comunidad de todos los hombres.

Sólo vamos a salvar la dignidad del hombre, si lo humillamos delante de Dios; más: a los pies de J. S. Sacramentado, vivo entre nosotros. Que nunca fué más grande y poderoso Charles de Foucauld, que cuando dormía acurrucado a los pies del sagrario, en su ermita del desierto.

Señores: la misión de la intelectualidad católica de hoy es pensar totalmente y en sus últimas consecuencias, la Teología de las realidades terrenas. Más: la de, sapiencialmente, ir ordenando el mundo como una Iglesia, como "la Iglesia, alrededor de la presencia de J. C.

* * *

La prensa del país dió a conocer, con fecha 11 de mayo de este año, la decisión de un asesor de menores sobre que debía desestimarse la oposición paterna ante la vocación del menor. Es un antecedente valioso, que merece conocerse. Ante la oposición paterna para seguir la carrera eclesiástica, el menor de 18 años Horacio Nova se presentó en el juzgado en lo civil a cargo del doctor Videla Morón, solicitando venía supletoria para continuar los estudios de su preferencia. Pasados los antecedentes al asesor de menores, emitió dictamen el doctor Mariano J. Grandoli, quien, al evacuar el traslado, analiza las obligaciones de respeto, amor y obediencia que tienen los hijos con respecto a sus padres, y termina expresando que éstos no son jueces en materia de la vocación de sus hijos, ni tienen jurisdicción sobre sus almas. Cuando se trata de obedecer a Dios —dice—, se debe estar dispuesto a cualquier sacrificio, hasta el de dejar a los padres, porque Dios tiene más derechos que ellos a ser obedecido. Los hijos son un don de Dios, un tesoro que El confía a los padres, y a los cuales puede pedirselos cuando quiera y en la forma que lo exija su mayor gloria, y ellos deben estar siempre dispuestos a someterse a su voluntad, con valor cristiano y con fe en la Providencia. Concluye expresando que debe concederse la autorización supletoria que solicita el menor para seguir la carrera eclesiástica.

* * *

¡En los hipódromos se juegan semanalmente alrededor de 20.000.000 de

pesos! Y a esa suma invertida en las carreras, hay que agregar las cantidades apostadas en los casinos de Buenos Aires, Mendoza y Santiago del Estero, casinos que funcionan todo el año, aun en los meses de invierno y a los que no concurren tan sólo los pudientes, sino hasta la gente de las clases más modestas. Y a esa suma hay que agregar todavía la crecida suma de dinero distraído de los presupuestos familiares para ensayar suerte en las loterías, que han proliferado en el país, ya que, además de la Nacional, existen las loterías provinciales. Es un deber destacar que el cuadro de conjunto, que presenta el juego, es por demás alarmante. Defenderlo, como un signo o índice de bienestar, sería un disparate lastimoso e indigno de un estadista, ya que la prosperidad de un país no se manifiesta por el derroche y menos aún por el volumen de dinero aplicado a los vicios.

* * *

Hitler redivivo. Julián Huxley, el tan conocido naturalista y materialista, a quien la Unesco considera uno de sus supremos inspiradores y orientadores, declaró en una conferencia pronunciada en Londres, ante hombres de ciencia, que el crecimiento de la población mundial se registraba con tanta rapidez que, en muchos países, debía alentarse una reducción de los nacimientos. El orador fué más allá en su disertación, urgiendo a las Naciones Unidas a establecer una comisión de expertos en problemas demográficos, a fin de que formule una política mundial sobre el problema. Sugirió, inclusive, el doctor Huxley —que no es la primera vez que habla sobre el tema—, la conveniencia de que muchos países, por propia iniciativa y sin esperar el dictamen de la comisión de expertos, redujeran su índice de natalidad, pero no indicó, por cierto, el camino a seguir, aun cuando aventuró decir que "para ello se tendría que vencer una serie de prejuicios". La cuestión es tanto más grave, a juicio del orador, toda vez que en la actualidad, la población del mundo aumenta a razón de dos personas por segundo. Finalmente, sostuvo, con Hitler, que la humanidad debía pensar "en términos de calidad y no simplemente de cantidad".